

¿es la misma cara que á la noche vemos todos en el teatro?

La cara no es más que un efecto de perspectiva.

Una superficie sobre la que refleja más ó menos bellamente la luz del sol ó la luz del gas.

Solamente es una gran cosa cuando aparece interiormente iluminada por la luz de los sentimientos puros, por los rayos de un alma bella, por los reflejos de un corazón hermoso.

Entonces la cara es el cielo.



EL BAILE

EL que fije su atención en estos días y considere la marcha majestuosa de la humanidad, por enemigo que sea de los tiempos presentes, no podrá negar el activo movimiento de la época en que vivimos.

Hay una palabra estampada por la severa Academia de la Lengua en las frías columnas del Diccionario, que, semejante á un resorte, tiene en sí la facultad de poner en movimiento á todo un pueblo, con sólo repetirla solemnemente en grandes caracteres colocados sobre la impasible seriedad de las esquinas.

Esta palabra arrebatadora salta hoy de todos los labios y tiene en continua movilidad y agitación hasta á los más pacíficos habitantes de la monarquía.

Singular combinación de sílabas, que arrastra en pos de sí á cuantos encuentra al paso y conmueve á los corazones más fríos.

El amante más satisfecho y más tranquilo, siente, á pesar suyo, una inquietud que no lo deja reposar un momento.

El padre que ha formado poco á poco el corazón de sus hijos, si los años no le dejan moverse, tiembla involuntariamente al pronunciar entre dientes esa palabra conmovedora.

El marido que descansa en la fe de una virtud, nunca desmentida, se pasea por los anchos ó estrechos límites de su aposento, dando vueltas en su imaginación á una idea revoltosa, que lo inquieta desde que ha resonado en sus oídos la palabra agitadora.

Todo se pone en movimiento.

¿Qué sucede?

La voz de cuatro empresas más ó menos alegres ha gritado á la vez por los cuatro ángulos de la capital esta palabra: *Baile*.

El Carnaval es una página que el hombre pensador no debe doblar con indiferencia, porque en ninguna parte como en el baile puede estudiar el filósofo con más provecho las caprichosas actitudes de la humanidad.

Sería inútil ir á sorprender el baile en el misterioso origen de su primer movimiento; pero es seguro que Adán y Eva llevaban dentro de sí el germen inquieto de todas las futuras contradanzas.

Hay que creerlo así al ver cómo la humanidad se nos presenta en el umbral del mundo bajo la forma coreográfica de una pareja.

Y es indudable que de allí parte esta danza in-

terminable en que todos bailamos, y cuya cadena no se ha interrumpido todavía ni siquiera un instante.

Claro es, por más que la historia guarde sobre el particular un discreto silencio, que á los danzantes no se les puede negar el mérito de una respetable antigüedad.

Hoy están en el legítimo ejercicio de sus funciones, con arreglo á la constitución particular de cada uno.

El espíritu público palpita en estos momentos bajo los precipitados compases de un vals, ó salta irresistiblemente al impulso de una polka.

Se puede decir que la multitud hierve al calor de la música.

Baile en el Teatro Real, baile en la Zarzuela, baile en el Circo, baile en Capellanes.

Y para que las nobles y severas líneas con que Dios ha trazado la cara del hombre no vayan á ser una censura impertinente, y para que el pudor con que Dios ha adornado la cara de la mujer no vaya á contener la alegría y la franqueza, todos estos bailes se anuncian con una circunstancia que nos pone á cubierto de los más legítimos escrúpulos.

Todos son bailes de máscaras.

Cualquiera diría que la mayor parte de las gentes que asisten á este movimiento de la humanidad tienen vergüenza y se tapan la cara.

La diversión consiste en agitarse en medio de una multitud de seres anónimos, como si la mayor alegría del hombre consistiera en no conocer á sus semejantes.

Pero todo ello no es más que un conjunto de bromas.

Mirándolo con reflexión, todo ello no es más que un delicioso contrasentido.

Un alegre disparate, que puede expresarse de esta manera:

La humanidad se disfraza para darse á conocer.

Es decir, que se tapa la cara para que se la conozca perfectamente.

Sin duda el baile es el distintivo más inequívoco del ser racional.

Hablan los papagayos, cantan los ruiñeños, el perro es fiel, el elefante casto, el mono ingenioso, la hormiga avara, la abeja industriosa, el caballo dócil.

Sólo el hombre baila.

Me parece que he dicho esto otra vez, y si es así, entiéndase que ahora no hago más que repetirlo.

Yo he pensado muchas veces por qué los negros tienen esa pasión invencible por el baile, que no han podido vencer los rigores de la esclavitud.

Forma un verdadero contraste el baile, que es la expresión viva de la alegría, con el negro, que es un ser eternamente cubierto de luto.

¿Cuál es la ley de esa extraña confusión del bullicio y de la tristeza?

Los negros, que parecen los encargados de representar el duelo continuo de la humanidad; los negros, que vienen á ser como la sombra de los demás hombres, tienen la sustancia del baile infiltrada en la médula de los huesos.

El negro tiene siempre una cantidad poderosa de energía, una suma considerable de fuerza y un tesoro inmenso de contento para bailar.

Para el negro, bailar es vivir.

Esto parece una terrible ironía de la naturaleza.

Meditando profundamente sobre tan oscuro contraste, se me ha ocurrido esta reflexión:

Los negros han debido saber, á pesar de su ignorancia, que se les ha intentado negar el derecho de llamarse hombres.

Ellos no disponen de prensas, ni de Parlamentos, ni siquiera de un ejército para hacer lo negro blanco, y han echado mano del baile como argumento invencible para probar que ellos son también hombres.

«Yo pienso, luego existo:» ha dicho un filósofo.

El negro, desatándose en elocuentes contorsiones, dice: «Yo bailo, luego soy hombre.»

El baile, considerado individualmente, es el derecho que tiene todo ciudadano de publicar sus movimientos con arreglo á la música.

Baile en general es una serie de movimientos personales, que empiezan en el rigodón, que es una necedad, y acaban en el vals, que es una locura.

Bailar es hacer en presencia de mucha gente lo que no hacemos nunca cuando estamos solos por no reirnos de nosotros mismos.

El baile se extiende por todas partes y bajo todas las formas.

Desde las danzas fúnebres que se bailaban en la antigüedad alrededor de los muertos, hasta la me-

dicina que cura las mordeduras de cierta araña venenosa haciendo bailar á los enfermos.

No es solamente un placer, un honor fúnebre, una medicina; hay también una enfermedad terrible que hace á los enfermos ir á buscar la muerte bailando.

Ese conjunto de saltos, de movimientos y de contorsiones que forman la expresión más viva del regocijo y de la alegría, suele ser una cosa muy seria.

El baile, que distingue al hombre de los brutos, distingue á los hombres entre sí.

Hay bailes nacionales.

Esta es la manera tradicional con que cada pueblo expresa su pasión á moverse.

Especies de dialectos llenos de gracia, de naturalidad, de expresión y de poesía.

Hay el baile culto, que es á los bailes nacionales lo que el insoportable frac á los airosos trajes de nuestras provincias; sus extremos son:

Ese circunstancial rigodón, que parece una reflexión bailada ó un cálculo en movimiento, y ese vals que no es más que un torbellino siempre igual, sucesión interminable de vueltas, sin más accidentes visibles que el vértigo de los que bailan y el mareo de los que ven bailar.

Viaje rapidísimo alrededor de infinitos peligros para la inocencia, para el pudor y para la honestidad.

Es casi imposible que no caiga mareada una mujer que valse mucho, y yo he observado que á las mujeres les es muy difícil valsar poco.

El baile es más todavía.

Para presentarlo con todas las garantías de decencia y de formalidad posible, necesito una madre.

Afortunadamente el mundo no se acaba, y tengo donde escoger.

Esta madre es preciso que sea madre de una hija: le pido lo menos que se necesita para ser madre.

En honor de la verdad, es una señora digna de respeto.

Ha sabido hacer de su hija, que es bella, una joven honesta.

En honor también de la verdad, esto es algo más difícil que ser madre.

Estamos en un salón donde no se baila, pero contiguo á otro donde se baila.

Me es de todo punto indiferente que estos salones formen parte de un edificio público ó estén cerrados dentro del santuario de una casa particular.

Ello es un baile, y para mayor tranquilidad de todos, advertiré que no necesito que sea baile de máscaras.

La madre descansa sosegadamente en un ángulo del salón donde no se baila, mientras la niña pasea con sus compañeras en el salón donde se baila.

Yo me acerco á la madre, si no hay otro que quiera hacerlo, y la digo:

—Esa tranquilidad, señora, me prueba que no sabe V. lo que pasa.

La madre abre á un mismo tiempo los ojos para expresar su admiración, y la boca para decir:

—¡No sé nada!

—Mejor sería que V. no lo supiera, si no fuera peor el que deje de saberlo.

Claro es que con estas misteriosas palabras despierto en ella tres cosas, que en mi opinión no han dormido jamás: el temor, el interés y la curiosidad.

Advierto que, aunque el baile no es de máscaras, yo me he propuesto dar una broma.

La madre me dirige casi á un tiempo estas dos misteriosas palabras:

—¿Que hay? ¿Qué hay?

Yo me acerco á su oído, y le digo:

—He visto á Emilia.

—¡Y qué!

—Me ha causado pena.

—¡Cómo!

—El brazo de un joven rodeaba su cintura.

—Es imposible.

—Sus rostros se hallaban casi juntos, sus manos unidas, sus miradas inquietas.

—¡Qué está V. diciendo!

—Se oprimían, se estrechaban, se confundían uno en otro....

El rostro de la madre se enciende, y corta mis palabras.

—Eso no puede ser,—dice levantándose.

—Señora, yo lo he visto.

—Pues yo también quiero verlo.

Apoya en mí su brazo, que siento temblar; la llevo al salón donde se baila, y Emilia se presenta

á los ojos de su madre como yo se la había bosquejado, esto es, valsando....

La madre me mira, se sonríe, me reconviene, y me abandona tranquila y satisfecha.

¡Un vals! He aquí una palabra que todo lo excusa.

Como si en un vals la cintura no fuera cintura; ni el brazo, brazo; ni la mano, mano.

Un novelista francés dijo al entregar á su hija al que se la había pedido por esposa: «Os lleváis un verdadero tesoro; es joven, es bella, es rica, y no ha leído ninguna de mis novelas.»

Dichoso mortal, si la hija del novelista hubiera podido añadir: «Ni he valsado jamás.»





LA LISONJA

SABEN Vds. lo que es un poco de jabón extendido disimuladamente sobre la superficie de una baldosa?

Pues viene á ser un pretexto que nuestros pies aprovechan para irse siempre que se les pone delante.

Una especie de argumento repentino cuya luz nos hiere como un relámpago y en cuya virtud nos convencemos prácticamente de que para medir la tierra no es necesario saber geometría.

El hombre más vigoroso y más ágil, no tiene defensa contra esa pequeña cantidad de jabón que suavemente se ha interpuesto entre el pavimento que pisa y las suelas de sus zapatos.

Una vez puesta la planta sobre la suavidad de esta sustancia, no hay más remedio que caer; porque siempre que los pies se van, el hombre se queda.... tendido.

La lisonja es un poco de jabón.

Jabón suave y perfumado que se diluye en una cantidad de palabras corrientes que se deslizan á nuestro alrededor como las ondas del aire que respiramos, como los reflejos de la luz que nos alumbrá.

El ruido de la lisonja es á nuestros oídos lo que el brillo del oro á los ojos del avaro.

Así como el oro es el espejo donde se mira la codicia, así la lisonja es la tersa superficie donde se refleja la vanidad.

Todos los venenos no son amargos, y hay algunos que son demasiado dulces.

La lisonja y la injuria se parecen como la víbora y el escorpión: ambos son venenosos.

La diferencia que hay entre uno y otro consiste en que la víbora muerde y el escorpión lame.

No hay puerta que se nos cierre si llamamos á ella con la voz de la lisonja.

Todos los vicios deben su poder á la adulación.

El juego presenta á los ojos del que quiere seducir, la continua perspectiva de la ganancia.

Constantemente hace sonar en sus oídos el ruido del dinero que debe ganar.

La lisonja es la gota de agua que taladra la piedra.

Es también ese vacío que abren á nuestros ojos todos los abismos.

Esos vacíos que nos arrastran con la fuerza misteriosa del vértigo.

Los hombres más soberbios se doblan con la ma-

yor facilidad para recoger la lisonja que se deja caer á sus pies.

Si los pretendientes, en vez de llenar el papel de las solicitudes con los méritos que han contraído y los servicios que han prestado, lo llenaran con las altas cualidades del ministro á quien suplican, serían más atendidos.

Y habría en esto una verdadera justicia ó una gran equidad.

Á Newton se le hizo grande hombre porque descubrió la gravitación universal.

Colón es un genio porque, andando por el mundo, tropezó con América.

Dante es inmortal porque, paseando su ardiente pensamiento por los vastos dominios de su inmensa inteligencia, vió con perfecta claridad su *Divina Comedia*.

¿Y qué hay de particular en todo esto?

Newton encontró lo que estaba en la naturaleza.

Colón lo que estaba sobre la tierra.

Dante lo que tenía dentro de sí mismo.

Pero ¿qué mérito tiene encontrar lo que hay?

La más pequeña lisonja tiene por lo general más mérito que cualquiera de esos tres grandes descubrimientos.

La maravilla está en descubrir lo que no existe.

Encontrar el talento en la necedad.

La virtud en los vicios.

La grandeza en la miseria.

La fuerza en la debilidad.

La sabiduría en la ignorancia.

¿Con qué podemos pagarle al hombre que nos descubre una bella cualidad que nosotros mismos ignorábamos?

La lisonja tiene la lengua de azúcar y la palabra de miel.

Es, por decirlo así, la golosina de la humanidad.

Golosina que empuerca la inteligencia y estra-ga el corazón.

La lógica de la lisonja es irresistible.

Hay en todo hombre una propensión particular á creerse distinto de como es.

Por eso hay tantos poetas, tantos oradores, tantos ministros.

Esta propensión es una especie de plano inclinado que hace más resbaladizo el jabón de la lisonja.

No le haréis creer á un hombre corrompido en la virtud de las mujeres.

Os será imposible convencer á un avaro de que el oro es un metal despreciable.

Pero si ese hombre corrompido ó ese avaro tiene sesenta años, podréis convencerle de que todavía es joven.

La lisonja es una bella mentira que siempre estamos dispuestos á creer.

Las mujeres hermosas prefieren un espejo á un amante; pero las mujeres feas prefieren siempre los amantes á los espejos.

Muchas mujeres se cansan de ser queridas; pero ¿tiene alguien noticia de que alguna mujer se haya cansado de ser hermosa?

El amor es un infeliz que carga casi siempre con las culpas de la lisonja.

Yo os doy á elegir entre esa colección de madres que circulan por las calles, que aparecen por los teatros, y sombreat, si puede decirse así, la brillantez de los salones.

Para mujer, para amante, para amiga elegiríais cualquiera; pero estoy seguro que para madre elegiríais la mejor.

Esta madre es preciso que tenga una hija.

Pensad bien que es una madre digna de serlo.

Una madre que quisiera hacer de su hija el tabernáculo de todas las virtudes.

La rodea con la tierna solicitud de su vigilante cuidado, como el árbol envuelve con sus hojas más finas la delicada flor en cuyo seno ha de cuajar el fruto.

Se puede decir que la madre es el fanal de la hija.

Se la ve al través de la atmósfera suave que alrededor de ella ha formado el cariño de su madre, como se ve un rayo de sol sumergido en el agua.

Esta niña lleva consigo la más feliz de las desgracias: es rica.

La fortuna, esa loca que pasa su vida llenando unos bolsillos y vaciando otros, le ha arrojado al pasar por junto á ella la lisonja del oro.

Es difícil que una mujer rica no parezca hermosa.

El oro es el cosmético que más embellece.

El número de los hombres que dan vueltas alrededor de esta criatura, puede expresarse de este modo.

Uno que la ama, y ciento que la adulan.

Uno que sólo ha reparado en lo tierno de su corazón, y ciento que no han visto en ella más que lo pingüe de sus rentas.

Todos han tenido ocasión de decirle que es hermosa.

Sus adornos son los de más gusto.

Sus vestidos los más bellos.

Todos han podido echar su gota de dulce veneno en el fondo de aquel corazón inocente.

La envenenan en presencia de la madre.

Es más : su madre misma prefiere entre todos aquel que ha encontrado el pliegue más airoso de su vestido, el color del adorno que da más limpieza á su semblante, el rizo que con más gracia cae sobre su frente.

El momento más feliz de esa madre tan buena, es aquel en que más vivo es el cáustico de la lisonja que ha de levantar en el alma de su hija la inflamación de la vanidad.

En cambio el amante no ha encontrado todavía un soplo de aire bastante discreto que lleve en silencio á los oídos de la hermosa niña una palabra de cariño.

El que se atreva á amarla, tendrá que sufrir el enojo de la madre.

El amor es un peligro, un lazo tendido á su virtud.

La lisonja es una cosa permitida, delicada, hasta honesta.

Así se ven siempre las cosas en el mundo.

La lisonja, esa mentira descarada, que nadie cree más que aquel á quien va dirigida, es la felicidad de la madre y la perdición de la hija.

Así se forma esa multitud de mujeres que, colocadas entre un amante y un espejo, miran más al espejo que al amante.

Todas esas que prefieren al cariño de uno la adulación de muchos.

Si la lisonja pudiera alguna vez decir la verdad, sabríamos entonces las mujeres que ha perdido y los hombres que ha inutilizado ; los corazones que ha llenado de aire y las cabezas que ha llenado de humo.

